

El hito de la guerra de Malvinas y el futuro de la Argentina en los editoriales de *La Nación*⁸¹

Mario Jorge Giménez

Presentación

Activo protagonista de la vida institucional de la Argentina desde 1870, *La Nación*, al igual que la casi totalidad de los medios gráficos, participó en la construcción discursiva del golpe de 1976 (Díaz, 2002). En mayo de 1977 se convirtió en socio del Estado dictatorial en la empresa Papel Prensa S.A. y, en aras de la restauración del orden, consintió sin cortapisas la doctrina de seguridad nacional justificando las restricciones impuestas a la libertad de expresión⁸², a la participación política y a la acción sindical. Una vez exterminado el enemigo subversivo, incluiría en su agenda editorial la necesidad de la institucionalización del país hacia una democracia tutelada por las Fuerzas Armadas (Díaz, Giménez, 2007). Para lograrla, destacaba el protagonismo de la Junta Militar (JM), abogaba por la exclusión del peronismo y omitía la existencia de la Multipartidaria⁸³. Además, presentaría sus reparos frente a la sanción del decreto-ley de Radiodifusión (Díaz, Giménez, Passaro, 2009), al tiempo que le reclamaría al

81 Este trabajo formó parte de las XV Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia. CD ROM Ponencias en 2015 con el mismo título que aquí se presenta.

82 Consúltese Díaz, Giménez, Passaro (2006b).

83 Agrupamiento creado a mediados de 1981 por el Partido Justicialista, la Unión Cívica Radical, el Partido Intransigente, el Movimiento de Integración y Desarrollo y el Partido Demócrata Cristiano.

Poder Ejecutivo Nacional (PEN) el cumplimiento del precepto republicano de brindar mayor información oficial (Díaz, Giménez, Passaro, 2011b). Cuando en diciembre de 1981 el general Leopoldo F. Galtieri destituyera de la presidencia a R. Viola, definiría a la ruptura de la unidad castrense como “crisis moral del proceso” (Díaz, Giménez, 2009) aunque celebraría la restitución de los postulados económicos de 1976 anunciada por su ministro de Economía Roberto Alemann. El presente trabajo indaga los setenta editoriales publicados por La Nación entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982. La magnitud de la instalación del tema Malvinas en esta sección permite corroborar que el “síndrome de malvinización”, acuñado por L. Escudero (2013) para explicar la transformación que produjo el matutino en su superficie redaccional durante el acontecimiento, es aplicable también a la columna institucional. En ella, se examina el posicionamiento durante la guerra de Malvinas en torno a dos temáticas: la proyección institucional de la unidad nacional durante la guerra y el rol de la Argentina en el hemisferio occidental en la posguerra. Las notas se analizan mediante la tipología sugerida por Rivadeneira Prada (1986), considerando la construcción de sentido de los enunciados mediante la identificación de recursos tales como los enlaces positivos y los pares antagónicos⁸⁴ referidos por Maingueneau (1989: 65-67), así como también el principio de autoridad, la concesión y la ironía señalados por Ducrot⁸⁵ (1989: 140).

84 Los enlaces positivos son “relaciones sintagmáticas que no alcanzan el status de sinónimos”; mientras que los pares antagónicos son “los antónimos que van por parejas complementarias (...) constituyendo pares originales que un análisis contrastativo debe destacar”.

85 El principio de autoridad “permite deducir una conclusión de ese argumento mismo sin necesidad de demostrar su verdad”, la ironía “opera del mismo modo pero en sentido inverso. Para demostrar que una tesis es falsa se utilizan a favor de ella argumentos absurdos que se atribuyen a defensores de esa tesis”; y la concesión “siguiendo una estrategia esencial al liberalismo concede la palabra a un adversario real o ficticio aunque argumente en dirección opuesta para reforzar la imagen de objetividad de nuestra propia conclusión”.

Las “batallas” de La Nación entre 1976 y 1982

Desde la posguerra, los países centrales impusieron una lógica dualista que dividía al mundo en hemisferios ideológicos, el capitalista encabezado por EE.UU. y Gran Bretaña frente al socialista liderado por la URSS. No obstante, un grupo de países que no aceptarían la subordinación al enfrentamiento este-oeste, pues entendían que la controversia internacional debía ser expresada en términos de norte-sur, conformarían el Movimiento de No Alineados⁸⁶. La vida institucional de la Argentina no permanecería al margen de esta trama de relaciones conflictivas, de ahí que el sistema democrático y todas sus expresiones representativas sufrirían el terrorismo de Estado inspirado en la doctrina de Seguridad Nacional. Alineada con esta doctrina, La Nación creó la figura del gran cambio como síntesis de un mensaje destinado a impedir el supuesto desbarrancamiento del país hacia el comunismo y legitimar la ruptura institucional producida el 24 de marzo de 1976 (Díaz, Giménez, Passaro, 2002). A partir de ese momento, ejercería un periodismo hermesiano (Díaz, 2011) que amplificaba el discurso castrense y alertaba sobre la complejidad y peligrosidad del fenómeno subversivo (Díaz, Giménez, Passaro, 2001), dando inicio a una cruzada para su eliminación al considerarlo un enemigo ideológico de la sociedad argentina. De este modo, opondría los principios axiológicos del ser nacional sustentado en la civilización occidental y cristiana que identificaban al nosotros argentino, para enfrentar la ideología del otro subversivo (Díaz, Giménez, Passaro, 2006a). Con similar énfasis, La Nación acompañaría el rechazo de la Junta Militar al fallo arbitral de la Corte Internacional presidida por la reina de Inglaterra en la disputa con la dictadura chilena por la soberanía sobre el Canal del Beagle. Ante la inminencia de un choque armado en 1978, construiría la representación de un nosotros

86 Si bien el Movimiento se origina en la Conferencia de Bandung en 1955, nuestro país recién participaría con carácter de observador en 1964 y como miembro pleno a partir de 1973.

argentino estigmatizando al hermano país como el otro enemigo. Su columna editorial, construiría un sentido de apoyo unánime en torno de la conducción castrense, destacando “el gran consenso” y “la reacción del país”, que seguiría sosteniendo aun cuando L. Galtieri rechazara la propuesta papal de resolución al diferendo, en cuya gestión el matutino había cifrado ciertas expectativas de arribar a un acuerdo negociado (Díaz, Giménez, Passaro, 2011a).

Las Malvinas y la unidad nacional

El mismo día de la recuperación de las Malvinas *La Nación*⁸⁷, incluiría dos editoriales que marcarían su estrategia discursiva durante la mayor parte del conflicto armado. En el primero, tomaba distancia de los acontecimientos al presentarlos con una perspectiva estratégica expresada en tercera persona que combinaba los estilos apologético y admonitorio:

los argentinos (...) han producido una sólida cohesión
en torno de un objetivo relegado durante casi un siglo y

87 Treinta años después, el columnista Claudio Escribano explicaría que su amistad con el canciller argentino le había permitido confirmar con anticipación el acontecimiento: “Desembarco argentino en el archipiélago de las Malvinas”, tituló *LA NACION*, en su segunda edición del 2 de abril, como primicia internacional. Un despacho de la *United Press*, de las 5.11 de ese día, informaba que la noticia todavía no había podido confirmarse en fuentes oficiales. Ese título había sido redactado a las 2 de la madrugada, hora de Buenos Aires, por Luis Jorge Zanotti, desaparecido prosecretario general de *LA NACION*, y por quien esto escribe. Lo hicimos después de haber recibido la contraseña convenida de antemano con un diplomático de la íntima confianza del canciller Costa Méndez” (*LN*, 24/3/2012) <http://www.lanacion.com.ar/383270-una-cronica-intima-del-desembarco-en-las-malvinas>. Esta primicia no será mencionada en su biografía. Más aún, sobre este acontecimiento histórico, solo evocará que a poco de haber sido designado Secretario General de Redacción (1/12/1981) en una conversación con el vicealmirante Lacoste, aún ministro de Bienestar Social del dictador Viola (quien días después sería desplazado por el general Galtieri que lo mantendría en ese cargo), escuchó “las palabras que revelan un juego en marcha: ‘Todo esto –por los tropiezos que comenzaba a acumular el gobierno militar- se terminaría si se ocuparan las Malvinas’” (Caligaris, Ezcurra, 2021: 40).

medio; cohesión que no tiende a apuntalar a ningún gobernante, partido o corriente de pensamiento, sino que expresa un anhelo nacional unánime y compromete, por lo tanto, la adhesión y el apoyo de todos los sectores del país (2/4/82).

De este modo, desalentaba a los que pretendieran obtener ventajas coyunturales, estableciendo a la “unanimidad nacional” como valor estratégico. Completaba esta formulación con un segundo artículo en el cual criticaba al “grupo peronista actuante bajo el nostálgico sello de la CGT”⁸⁸ por la movilización que había protagonizado setenta y dos horas atrás, y lo contrastaba como par antagónico de “la mayoría de nuestra población, que no merece ser considerada como un rebaño al cual hacen marchar los personeros del sectarismo banderizo”. Por cierto, la presentación de la dicotomía “unanimidad-sectarismo” se convertiría en una estrategia privilegiada por el diario, que volvería a poner en evidencia al cotejar el “poderoso sentimiento de júbilo cruza por todo el país simultáneamente con la aceptación unánime de responsabilidades que no pueden ser transferidas” (3/4/82) con el boicot⁸⁹ de los canillitas al Herald (9/4/82) por considerarlo un diario del enemigo. La multitudinaria manifestación congregada el 10 de abril en la plaza de Mayo para recibir al mediador norteamericano A. Haig, fue valorada con estilo apologético mediante una singular metáfora que aludía a las “dos partes de la plaza”. El matutino, lejos de utilizarla para mostrarla dividida en sectores inconciliables, la presentaba como una unidad de componentes situados a ambos lados de la calle Balcarce: uno dentro y otro fuera de la Casa Rosada. De este

88 El diario omitía la represión a las distintas movilizaciones producidas en el país, los miles de detenidos, y los heridos de los cuales, el dirigente gremial Benedicto Ortiz, fallecería ese mismo día en Mendoza.

89 Es sugerente que al hacerlo reclamara el cumplimiento de las “leyes que amparan tal ejercicio [que] se sustentan en prescripciones constitucionales”, valoración que había ignorado en años precedentes cuando justificaba las restricciones en aras de la “seguridad nacional”.

modo, resignificaría el acto de presión⁹⁰ al enviado de R. Reagan mostrándolo como una síntesis de la unidad nacional, al tiempo que le otorgaba a L. Galtieri el principio de autoridad al citar su sentenciosa afirmación: “las FF.AA. pertenecen al pueblo”⁹¹. Asimismo, auguraba que ese “gesto colectivo de conciliación nacional”⁹² se proyectaba en “el río caudal de la democracia”⁹³, pues serviría de ejemplo a “millones de jóvenes necesitados de las banderas ejemplares que encabezen la marcha hacia el futuro”. En contraste, descalificaba tácitamente a los militantes comunistas y peronistas presentándolos como “núcleos prosoviéticos que intentaron desviar para su facción al igual que otros lunares banderizos” (11/4/82) a modo de par antagónico de la unanimidad nacional y su proyección democrática. En una semana, la algarabía inicial tornaría en mesura para advertir que

el momento del júbilo ha pasado. La euforia compartida,
ese estallido cívico que caracterizó la concentración efec-

90 Silvia Sigal (2006) considera que fue una maniobra de la dictadura “para mostrarla al general Haig como argumento en las negociaciones por las Malvinas”; mientras que, Federico Lorenz (2012) recoge el testimonio de un exiliado para quien la convocatoria “constituye un virtual levantamiento del Estado de sitio, una aceleración de las negociaciones en pro de una salida política para el régimen”.

91 Resulta elocuente que, el rol protagónico del pueblo eludido sistemáticamente por el matutino de los Mitre, fuera incluido en treinta y tres oportunidades en el periodo examinado.

92 F. Lorenz (2012) encuentra similares conceptos en la nota de Santiago Kovadloff “Una lección memorable” publicada en Clarín el 16 de abril de 1982: “Por primera vez en muchos años las Fuerzas Armadas han podido sentirse voceras de la voluntad popular. El 10 de abril conocieron, después de largo tiempo, la incomparable experiencia de la solidaridad incondicional de una nación que al verlas actuar se vio a sí misma. La sensatez política y el futuro republicano aconsejan no desoír esta lección memorable (...) El pueblo argentino (...) sin condiciones previas de ninguna índole: supo llevar la voz de sus hombres y mujeres a la Plaza de Mayo para que las Fuerzas Armadas la escuchasen como expresión de su propia voz”.

93 Juan M. Abal Medina, quien merced a los sucesos que siguieron al desembarco en Malvinas obtendría el visto bueno de la dictadura para abandonar la embajada de México en Buenos Aires donde se asilaba desde el 24 de marzo de 1976, al llegar a ese país vaticinaría en una conferencia de prensa que “a raíz de este conflicto se vivirá un cambio de 180 grados en la lucha por la instauración de la democracia en Argentina” (Yankelevich, 2010: 251). Mientras que su socio Clarín, incorporaría la temática a su agenda editorial después del hundimiento del crucero General Belgrano, véase (Díaz, Passaro, Giménez, 2014).

tuada en la Plaza de Mayo y que alcanzó la dimensión de un plebiscito ha cedido paso a los interrogantes, al temor de no poder consolidar definitivamente un logro militar que es ya, una conquista de la comunidad (18/4/82).

Seguramente, la intransigencia diplomática y los aprestos bélicos del Reino Unido actuaron como acicate para producir un punto de inflexión en el tono del mensaje, mas no en la postura señalizadora del matutino, quién seguiría reivindicando que el cambio producido desde el 2 de abril tenía “el valor de una demostración efectiva de la magnitud de la voluntad argentina —una voluntad unánime, por cierto—, sin convertir al hecho militar en el excluyente centro del asunto” (21/4/82). Como puede apreciarse, su retórica se esforzaba por no ceñir la gesta a una acción estrictamente castrense presentando a los uniformados amalgamados con el conjunto social al reiterar que “ningún sector de la comunidad nacional ha dejado de reaccionar en forma solidaria”. Y, para fortalecer su estrategia discursiva, contraponía esa expresión mancomunada con la “declaración del Partido Comunista local, ortodoxo discípulo de la matriz soviética” en la cual reclamaba el restablecimiento de “las libertades y derechos democráticos” (24/4/82) temas que curiosamente habían sido incorporados por el propio diario en su agenda editorial durante la coyuntura examinada. Mientras que, reafirmaría su rechazo a quienes se identificaban con el movimiento peronista, denunciando de manera implícita mediante el estilo crítico a “dirigentes de dudoso pasado y que, como el corcho, han sabido flotar sobre aguas no siempre diáfanas”. Aunque el editorialista omitía deliberadamente la motivación de la columna, se puede colegir que estaba destinada a fustigar la convocatoria de la CGT a la Plaza de Mayo el 26 de abril para apoyar la recuperación de las Islas y cuestionar al plan económico. Por eso, su mensaje tan explícitamente anticomunista se completaría con uno implícitamente antiperonista expresado en la metáfora musical “no es tiempo éste de hacer sonar los bombos, bien identificables, convocando, nostál-

gicamente a horas de ocios suicidas sino de asumir el presente en plenitud de labor creadora, que es otra forma de demostrar nuestra soberanía”. El matutino, tal como lo venía efectuando insistía en preconizar la erradicación del peronismo del sistema institucional, por lo cual le hacía notar al PEN con sugestiva sutileza que “en estas horas decisivas, los pescadores en río revuelto deben ser eliminados de la escena pública. Hoy, más que nunca, se requiere la unión, el esfuerzo, el trabajo entusiasta de todos los argentinos”. Al tiempo que, generalizando su denuesto sobre las facciones partidarias, convocaba admonitoriamente en una primera persona inclusiva a todos los argentinos a que “pensemos en nuestro destino común [pues,] una vez resuelta la seria coyuntura que estamos atravesando, el fruto más precioso que deberíamos cosechar es el cohesivo fortalecimiento del espíritu comunitario”. Este posicionamiento puede apreciarse con nitidez en el remate de la nota cuando, mediante un estilo combativo y en tono de arenga exclamaba

enteros y unidos, antes que partidos y desunidos, debe encontrarnos esta página de la historia en la que todos tenemos un papel que cumplir y una tarea que desempeñar. Las convocatorias a asuetos estériles deben ser incorporadas a una mitología irreversible. El futuro de la Gran Argentina así lo exige (30/4/82).

Si hasta fines de abril las reflexiones del diario se producían en un contexto en el cual predominaban las negociaciones diplomáticas y la activa presencia de la dictadura en los foros internacionales, después del hundimiento del Crucero General Belgrano el 2 de mayo, quedaba poco margen para augurar otro desenlace del conflicto que no fuera el armado. Por ello, entendía que la cohesión social alcanzada debía ser transferida al frente de batalla, para que se concentre “en el poder

de las armas, lo que siente y piensa la totalidad del pueblo argentino⁹⁴ (4/5/82). Aquella articulada dualidad de componentes identitarios expresada en la plaza de Mayo a comienzos de abril, se trasladaría a las Malvinas pero suplida por otra representada por “el pueblo” y “los soldados”. Binomios que le resultaban útiles para refutar las afirmaciones sobre el antagonismo pueblo-dictadura que tenían epicentro en Londres y se difundían a escala internacional. Para descalificarlas, las equiparaba con las denuncias a las violaciones a los derechos humanos de los exiliados⁹⁵ y juzgaba que la “inconsistencia de la hipótesis quedó rotundamente demostrada cuando diversos sectores de la sociedad manifestaron su respaldo unánime a la acción de las Fuerzas Armadas” (6/5/82). El mensaje explicativo que mostraba a civiles y uniformados como miembros inescindibles de un mismo proyecto volvería a evidenciarse cuando mancomunaba a “los que pelean en el frente, los que denodadamente bregan por una solución justa y pacífica, el conmovedor comportamiento de una ciudadanía que ha dejado disensos de lado en aras de una monolítica unidad” (14/5/82). De este modo, soldados, gobernantes y sociedad eran presentados como un todo unánime mediante un discurso apologético que destacaba “la subordinación de los intereses personales al interés nacional” (20/5/82). Con el mismo cometido, realzaba el valor de las colectas públicas pues, según explicaba, “nuestro país no llega con su economía muy bien parada al enfrentamiento de estos días [y] porque además del efectivo aporte de recursos tiene el valor de un símbolo” (29/5/82)

94 Sobre esta coincidencia entre las estrategias dictatoriales y el “socio” comunicacional señala R. Guber (2001: 39-40) “Malvinas se erigió en el símbolo de la unidad y de la continuidad nacional que el régimen proponía y la sociedad política y civil aceptaba, rediseñando un espacio contiguo entre continente e islas”.

95 Con el mismo propósito que ciertos medios de prensa en los primeros años de la dictadura invitaban a sus lectores a escribir postales con destino a las capitales europeas para contrarrestar las denuncias sobre las violaciones a los derechos humanos que llevaban a cabo los exiliados (Gras, 2015), durante la guerra de Malvinas “La sociedad también trascendió las fronteras con la iniciativa oficial ‘Cartas al Mundo’; los transeúntes recibían de mesas receptoras en lugares céntricos cartas estándar en castellano y en otros idiomas para transmitir ‘la verdad de Malvinas’ y demostrar que los argentinos respaldaban la causa de la islas” (Guber, 2001: 53).

que fortalecía los lazos de la unidad nacional. La efusividad inicial del tono, que ya había manifestado los primeros síntomas de quiebre, tendría una variación significativa a partir de los primeros días de junio, momento en que los combates en Islas exhibieron mayor grado de crueldad. Por ello, al dar cuenta del “júbilo de prácticamente todos los argentinos” ante la llegada del Papa aclaraba que sería recibido por una “comunidad inmersa directamente en las penurias de la guerra” (3/6/82), recurriendo a la primera persona del plural para referirse a las vicisitudes de los soldados argentinos presentados ahora como “una porción de nuestra gente que sufre, desde hace más de sesenta días”. Así como reafirmaba “la lucha debe ser sostenida”, sensibilizaba a la opinión pública al victimizar, mediante el uso de la primera persona y con estilo explicativo, a quienes soportaban el peso de la conflagración expresando que

allá, en las Malvinas ha sido destinada una porción de nuestros muchachos de dieciocho años. Apenas salidos de la adolescencia, escolares que terminaban de hacer sus estudios de enseñanza media, con rostros en los que la barba del hombre empieza a asomar, fusil en mano o en la pieza de artillería resisten al enemigo, al miedo, al dolor, a la muerte (7/6/82).

Ante este cuadro de desasosiego, inspirado en los sucesivos reveses en el campo de batalla, insistiría en rescatar que “una causa nacional es factor coaligante de voluntades, más allá de posiciones ideológicas y sociales” y volvería a convocar admonitoriamente a la unidad nacional, no para defender la soberanía territorial sino para alcanzar “la realización de una república definitivamente estabilizada”. Esta redirección en los objetivos requería el abandono del par antagonico inicialmente exhibido como estrategia comunicacional y, aunque seguía manteniendo como valor imperativo la “unidad nacional”, ahora señalaba de manera admonitoria que “sólo con la posibilidad de lograr la unidad en la

diversidad, sólo con el derecho a la singularidad, podremos reforzar, reactivar y realimentar nuestra indeclinable soberanía” (10/6/82). En definitiva, tomando como principio de autoridad al sumo Pontífice y en nombre de un pensamiento unánime, La Nación afirmaba de modo sentencioso: “aquí, lo que todos anhelamos es una paz justa” (11/6/82). Una vez producido el cese del fuego, editorializaría de manera autorreferencial retomando los mismos conceptos del 10 de junio para señalar admonitoriamente que la unidad nacional no debía

borrar los matices ni las diferencias enriquecedoras para asumir la monolítica estructura de los totalitarismos [pues] la sangre⁹⁶ ahora derramada reclama para que tanto sacrificio no haya sido en vano” (15/6/82), “un restablecimiento de la República bajo las normas de la Constitución Nacional” (16/6/82).

Así, derrota militar mediante, *La Nación* pasó de subordinar las identidades partidarias a unanimidad para la lucha por la soberanía territorial en el Atlántico Sur a condicionar la soberanía exterior a la vigencia de una soberanía interior que respetara las divergencias en nombre de los caídos en el campo de batalla.

96 La apelación a la figura de la sangre derramada como vínculo fundacional de una comunidad, sería reclamada en este caso, no para sostener a un régimen dictatorial, sino para reconstruir o restituir la república en la posguerra. Según la interpretación de R. Guber (2001: 45) “Ser parte de la Nación era ostentar una común filiación, pero ésta no era reconocida como propia de, ni apropiada por el régimen, sino como la restitución de la filiación biológica y de sangre. De todos modos, la sangre era el único anclaje moralmente aceptable para participar de un país fragmentado por la persecución. El lenguaje del parentesco impregnaba a la Nación como único lazo y canal plausible de la unidad recreada”.

La guerra de Malvinas y el futuro de occidente

La histórica prédica de La Nación en defensa de los “valores occidentales” operaba como un escollo ideológico en la coyuntura examinada, pues le impedía aplicar la fórmula binaria amigo/enemigo para presentar a los contendientes. Circunstancia agravada por el aval de los EE.UU. a la conducta beligerante asumida por el Reino Unido que dificultaría la posibilidad de arribar a una solución pacífica de la controversia. Estos condicionamientos, obligarían al centenario matutino a realizar un esfuerzo retórico que le permitiera defender la gesta de Malvinas sin dejar dudas sobre su adscripción a occidente. Para ello, le atribuiría la responsabilidad del enfrentamiento al “colonialismo británico” (4/4/82) presentado como un atavismo del siglo XIX mediante una metáfora que sentenciaba: “Gran Bretaña no puede atrasar el reloj de la historia para que vuelva a dar la hora del colonialismo” (26/4/82). Este comportamiento era descalificado como un “resabio” (27/4/82) “anacrónico” (23/5/82) propio de una “potencia colonial” (1/5/82) o bien de una “potencia extracontinental” (18/5/82) también nominada peyorativamente como “el agresor” (23/5/82). Mediante un estilo explicativo justificaba implícitamente esta clase de avasallamiento en tiempos pretéritos, pero lo impugnaba a fines del siglo XX pues “el imperialismo y el colonialismo no serán ya el sostén de la grandeza de las naciones” (11/5/82), dando cuenta que en el siglo XX “América está amenazada por dos clases de colonialismo: el anacrónico, que encabeza Gran Bretaña sobre territorios, y el ideológico, que solapadamente insufla la metrópoli del marxismo-leninismo” (18/5/82). Como puede apreciarse, si bien rechazaba la actitud del Reino Unido, al advertir sobre la intervención de la URSS en el continente, demostraba que seguía examinando las relaciones internacionales bajo el prisma de la doctrina de la seguridad nacional. En esta tarea de atribuir la responsabilidad del conflicto, el matutino también señalaría a la primera ministra británica mediante sintagmas peyorativos imputándole: “aventurerismo” (27/4/82), “pasión”

(17/5/82) y “obstinación” (22/5/82). A la vez que, con estilo explicativo, se ocupaba de eximir a la sociedad británica de su “calidad” como gobernante, invitando a no confundir “pueblos con gobiernos” ni “patriotismo con patrioterismo”. Respecto de este último atributo, brindaría como ejemplo dos decisiones de M. Thatcher. En una nota la cuestionaba por haber “acusado a los funcionarios de la BBC de Londres de ‘falta de patriotismo’ al transmitir informaciones “demasiado objetivas” (27/5/82) sobre la guerra en el Atlántico Sur. En la otra, fustigaba “una decisión emanada de la propia primera ministra, quien resolvió que los matches no debían ser transmitidos a Gran Bretaña porque en ellos intervendrían dos tenistas argentinos” (11/6/82). Respecto de su visión del rol de los EE.UU., si bien por su vínculo con Gran Bretaña en la OTAN eran identificados como su “mejor aliado” (4/4/82) o su “gran aliado político” (23/5/82), el columnista no dudaría en tomar al propio A. Haig como principio de autoridad cuando afirmaba que “la guerra en el Atlántico Sur sería la mayor de las tragedias” (21/4/82). De todos modos, al comprobar que su gobierno se inclinaba por brindarle apoyo logístico al Reino Unido explicaría que “contra la eficacia de su intervención ha conspirado la demasiado visible preocupación en favor de la estabilidad del gobierno de la Sra. Thatcher” (29/4/82), pero nunca le atribuiría el lugar de enemigo. Por caso, cuando el canciller argentino en la reunión de los países No Alineados en La Habana, aun contrariando sus propias convicciones e intereses, hacía notar el “auxilio militar y político de los EE.UU.” concedido a Gran Bretaña, el diario se limitaría a calificar sus palabras como funcionales a los intereses de la JM e invitaba a analizarlas con “cautela y sinceridad” (8/6/82). La Nación, entendía que la posición asumida por los EE.UU. no sólo perjudicaba a nuestro país en la guerra por las Malvinas, sino que su comportamiento impactaría estratégicamente en el hemisferio provocando la “crisis de Occidente”. Por ello, justificaba a la dictadura no sólo como defensora de la soberanía territorial, sino también de la “identidad occidental”. Mediante un discurso apologético en primera persona

del plural, destacaba que “nuestras autoridades” honraron esos principios y no afectaron la vida de los 17.000 británicos en la Argentina brindando como ejemplo que “alguna entidad financiera de ese origen ha sido auxiliada por el Banco Central al perder depósitos del público” (10/5/82). La aprobación de este comportamiento en materia económica se completaba con el observado en el orden militar, cuando comparaba la hidalguía del capitán P. Giachino el 2 de abril con la deslealtad de las fuerzas británicas que hundieron al crucero General Belgrano (16/5/82); y la defensa de la población civil por parte de soldados argentinos cuando sus oponentes no se ceñían a objetivos militares (24/5/82). El matutino, entendía que “al luchar contra el colonialismo, la Argentina está defendiendo los valores de Occidente” (11/5/82), “valores propios de la forma de vida que los británicos aman [y que] son también los valores que los argentinos hemos elegido” (17/5/82). Convencido de que la “seguridad continental y el sistema de vida libre [son] antítesis, por cierto, de toda forma de colonialismo” (18/5/82), explicaba que la gesta de Malvinas debía proyectar a nuestro país a cumplir un rol diferente en el concierto de las naciones, pues “aun cuando fuese empujada a la adversidad por transitorios avatares de la guerra, nuestra causa (...) tiene a su favor la corriente de la Historia contemporánea” (22/5/82). En definitiva, la guerra en el Atlántico Sur había puesto en evidencia que “la comunidad occidental no sólo está amenazada por la constante agresión de sus enemigos ideológicos sino por una crisis en el liderazgo” (23/5/82) de los EE.UU. y Gran Bretaña. El comportamiento norteamericano y europeo occidental tendría su contracara en el evidenciado por las naciones de América Latina que recibirían un tratamiento apologetico inédito en esta columna. En ese sentido, señalaba el fraternal vínculo que rodeaba a la Argentina expresando, en la primera persona del plural, con un sentido unánime “toda Latinoamérica nos acompaña” (11/5/82); así como también, daba cuenta de la existencia de una “comunidad latinoamericana” reafirmada mediante el uso del pronombre posesivo como “nuestra comunidad hemisféri-

ca” (18/5/82). Además, en virtud del boicot económico declarado a nuestro país por la Comunidad Económica Europea, avalaría el pragmatismo de la JM haciendo suyas las palabras del secretario de Comercio de la Nación quien abogaba por “una gran reorientación del comercio exterior argentino y provocar un fuerte crecimiento de las corrientes comerciales desde y hacia Latinoamérica⁹⁷” (30/5/82); conceptos a los que el diario le otorgaba significativa trascendencia al señalar admonitoriamente que “el robustecimiento de los canales de solidaridad regional, y entre ellos el proceso de integración económica progresiva, se convierten en una verdadera necesidad histórica” (6/6/82). De todos modos, advertía que la “proyección internacional de la Argentina” no debía restringirse al movimiento de países No Alineados pues implicaría la aceptación “de un rumbo contrario a la idiosincrasia argentina entraña riesgos muy graves” (8/6/82). Estas prevenciones, aún después de la derrota, seguirían reafirmando que no consideraba al Reino Unido y a los EE.UU. como enemigos y que no había que valorarlos por el comportamiento de sus gobernantes, señalando admonitoriamente que “si los dirigentes de los países que hasta ayer considerábamos como ‘naciones amigas’ se han equivocado, no por ello renunciaremos a nuestras raíces históricas, ni ‘inventaremos’ un odio estéril a una cultura de la que somos activos protagonistas⁹⁸” (15/6/82); así como también enfatizaría que el desencanto con los antiguos aliados no debería inducirnos a creer que “las potencias extracontinentales hasta ahora declarativamente favorables a nuestra empresa reivindicadora son verdaderamente amigas de la Argentina y de las naciones latinoamericanas con ella identificadas”

97 También señalaba admonitoriamente que se debían abrir “otros mercados posibles –al margen de los europeos-, como los países árabes, Argelia, Egipto, Nigeria, China, Checoslovaquia y Hungría, entre otros” (9/6/82). La inclusión de los dos últimos fuera de Europa permite corroborar que la división en hemisferios ideológicos desplazaba a la división geográfica.

98 Estas afirmaciones de La Nación nos permiten diferir con la apreciación de R. Sidicaro (1989: 459) para quien “la relativización de la inscripción en el mundo occidental [fue una de las cuestiones] que ocuparon la meditación política mientras se libraba el conflicto austral”.

(16/6/82). Este rechazo implícito a la URSS y a Cuba resulta indicativo de que el matutino, a pesar del comportamiento de los líderes de occidente, seguiría abogando por la pertenencia a ese hemisferio y por ende para definir a los enemigos de la Argentina continuaba abrevando en la doctrina de la seguridad nacional.

Consideraciones finales

La columna editorial de La Nación durante la guerra de Malvinas, como ante el golpe de 1976, la instauración del terrorismo de Estado y la controversia por el canal de Beagle, avaló a la JM gobernante. Trató con estilo apologetico la recuperación de las Islas y señaló al acontecimiento como decisivo para lograr una “unidad nacional” que coaligaba a militares y civiles, a gobernantes y gobernados. Como par antagónico le contraponía el “sectarismo” expuesto por la CGT y los partidos Justicialista y Comunista, siempre destinatarios de un discurso crítico. Si bien consideraba que el suceso no debía ser capitalizado políticamente por ningún actor local, el principio de autoridad en el plano local se lo asignaba indefectiblemente a las autoridades, llegando a exaltar la mancomunidad entre L. Galtieri y las masas movilizadas. Al respecto, cabe destacar la recurrencia a utilización del sintagma pueblo en el lapso examinado, inédito en esta sección durante toda la dictadura. Por otra parte, conforme el escenario del conflicto se trasladaba de los foros diplomáticos al campo de batalla, el estilo apologetico sería acompañado por el admonitorio empleado con el fin de lograr que la “unidad nacional” alcanzada trascendiera la coyuntura y se proyectara en la recuperación de la república y la democracia. Cuando las fuerzas del Reino Unido comenzaron a avanzar sobre las posiciones argentinas en Malvinas, incorporaría el explicativo para sensibilizar sobre la situación de penuria que sufrían nuestros soldados en las Islas y, tomando como principio de autoridad la palabra de Juan Pablo II, reclamaría una paz con justicia. Ante el fin de la guerra, insistiría con el mensaje admonitorio para lograr el

restablecimiento de la institucionalidad en el país, ahora en nombre de los caídos y dejaría de lado el par antagonico inicial, enfatizando que la unidad nacional debía fundarse en la aceptación de las divergencias enriquecedoras. Sobre las repercusiones internacionales del enfrentamiento, si bien nunca valoró como enemigos a las potencias de la OTAN, emplearía el estilo crítico para descalificar al “colonialismo”, la figura de M. Thatcher (diferenciando su comportamiento de los valores de la sociedad británica) y, mediante un mensaje explicativo, pondría el acento en la crisis de liderazgo de occidente. El matutino entendía que mientras el comportamiento de las potencias occidentales implicaba un atavismo, el de la Argentina se correspondía con el sentido de la historia y se fundaba en la defensa de los valores de occidente que como siempre defendía. De este modo, si bien proponía un pragmático acercamiento a América Latina, seguía demostrando su compromiso con la doctrina de la seguridad nacional al explicar que la guerra podía beneficiar a la estrategia expansionista de la URSS y Cuba y de manera admonitoria abogaba por un distanciamiento del movimiento de No Alineados. En síntesis, en los editoriales de La Nación, la gesta de Malvinas se había convertido en un punto de inflexión en la historia que le permitiría recuperar la democracia y la república, al tiempo que reafirmaba la pertenencia a occidente pero desde un nuevo protagonismo ante la crisis de liderazgo de EE.UU. y Gran Bretaña.

Referencias bibliográficas

- Caligaris, H. y Ezcurra, E. (2021). *Escribano. 60 años de periodismo y poder en La Nación*, Bs. As.: Planeta.
- Canelo, P. (2008). *El proceso en su laberinto*, Bs. As.: Prometeo.
- Díaz, C. (2002). *La cuenta regresiva*, Bs. As.: La Crujía.

- Díaz, C. (2011). “La Nación y Clarín frente a la violencia política 1976-1980. Dos casos de Periodismo Hermesiano”, Saborido Jorge y Borrelli Marcelo (comp), Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983). Bs. As.: Eudeba, pp. 153-180.
- Díaz, C., Giménez, M. (2007). “La Batalla editorial de La Nación: de la tribuna doctrinaria al pragmatismo político (1976-1979)”, XI Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia. CD ROM Ponencias.
-
- _____ (2008). “Los ‘vaivenes’ discursivos de La Nación”. Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura, FPyCS (UNLP). Año VII, N° 59, pp. 69-73.
-
- _____ (2009). “Viola, la crisis y la participación ciudadana en la agenda de La Nación y Clarín”, XII Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia. CD ROM Ponencias.
- Díaz César, Giménez Mario y Passaro Marta (2001). “Un discurso para defender a ‘La Nación’ de la violencia política. Los editoriales del diario La Nación (1976-1977). II Coloquio Nacional de Investigadores. El estudio del discurso: metodología multidisciplinaria. FPyCS (UNLP).
-
- _____ (2002). “La Nación y la construcción del ‘gran cambio’”, C. L. Díaz, La cuenta regresiva, Bs. As.: La Crujía, pp. 95-113.
-
- _____ (2006a). “La Nación y su cruzada discursiva contra la violencia política (1976-1978)”, Oficios Terrestres. Año XII, N° 18, pp. 66-80.
-
- _____ (2006b). “Una sociedad que no fue sólo de papel: La Nación, Clarín y el Proceso ante la libertad de expresión (1976-1978), Anuario de Investigaciones 2005. La Plata, FPyCS (UNLP), pp. 64-75.
-
- _____ (2009). “Una tribuna contra la ‘aventura absolutista’. La Nación y la Ley de Radiodifusión (1976-1981)”, XI Congreso REDCOM CD ROM Ponencias.

-
- _____ (2010). “Los temas de la agenda editorial de La Prensa respecto de la transición democrática 1982-1983”, Congreso de Comunicación Alternativa: Medios, Estado y Política (COMEP) CD ROM Ponencias.
-
- _____ (2011a). “Entre la guerra sucia y la guerra de Malvinas, la guerra que no fue. Los medios y el conflicto del Beagle (1977-1982)”, Saborido Jorge y Borrelli Marcelo (comp), Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983), Bs. As.: Eudeba, pp. 83-118.
-
- _____ (2011b). “La Nación y Clarín: Los inicios de un prudente distanciamiento con la dictadura”, Anuario de Investigaciones 2007/2008, FP y CS, vol 7, pp. 53-62.
- Díaz, C., Passaro, M. y Giménez, M. (2014). “Clarín y la guerra de Malvinas: los dilemas del cambio de época”, VIII Jornadas de Sociología de la UNLP. <http://jornadassociologia.fahce.unlp.edu.ar/viii-jornadas-2014>
- Ducrot, O. (1989). El decir y lo dicho, Bs. As.: Hachette.
- Escudero, L. (1996). Malvinas: el gran relato, Barcelona: Gedisa.
- García Lupo, R. (1968). Contra la ocupación extranjera, Bs. As.: Sudestada.
- Gilbert, I. (2007). El oro de Moscú. Bs. As., Sudamericana.
- Gras, M. (2015). “Las palabras del terror (V): el caso de la revista Para Ti”, Diario Contexto, 5/5/2015. <http://www.diariocontexto.com.ar/2015/05/05/las-palabras-del-terror-v-el-caso-de-la-revista-para-ti/>
- Guber, R. (2001). ¿Por qué Malvinas?, Bs. As.: FCE.
- Lorenz, F. (2012). Las guerras por Malvinas (1982-2012), Bs. As.: Edhasa.
- Maingueneau, D. (1989). Introducción a los métodos de análisis del discurso, Bs. As.: Hachette.
- Napoli, B., Perosino, C. y Bosisio, W. (2014), La dictadura del capital financiero, Bs. As.: Peña Lillo Ediciones Continente.
- Ramos, J. A. (2011). Historia de la nación latinoamericana, Bs. As.: Peña Lillo Ediciones Continente.

- Rivadeneira Prada, R. (1986). *Periodismo. La teoría general de los sistemas y la ciencia de la comunicación*, México: Trillas.
- Sidicaro, R. (1993). *La política mirada desde arriba*, Bs. As.: Sudamericana.
- Sigal, S. (2006). *La plaza de Mayo una crónica*, Bs. As.: Siglo XXI.
- Suriano, J. y Álvarez, E. (2013). *505 días que la Argentina olvidó*, Bs. As.: Sudamericana.
- Yankelevich, P. (2010). *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*, Bs. As.: FCE.
- Yofre, J. (2011). *1982*, Bs. As.: Sudamericana.